

TESTIMONIOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

Gehard Hoffmann¹.

¹Ex-combatiente austriaco de la Guerra Civil española.

E-mail: gehard.hoffmann@kabsi.at

Recibido: 16 Noviembre 2011 / Revisado: 17 Marzo 2011 / Aceptado: 4 Mayo 2011 / Publicación Online: 15 Junio 2012

Resumen: En este artículo se recogen valiosos testimonios sobre la Segunda Guerra Mundial centrados en dos significativos episodios: una dura experiencia en el Campo de Concentración de Gross Rosen; y la convivencia de los españoles internados en el Campo de Gurs con mujeres procedentes de Baden.

Palabras claves: Segunda Guerra Mundial, españoles republicanos, campos de concentración, Gross Rosen, Gurs.

1. EL INFIERNO SE LLAMABA GROSS ROSEN: LA SS COMO EMPRESA COMERCIAL

Era uno de aquellos días grises de Noviembre 1942, durante la alborada de rigor, cuando fue ahorcado públicamente Franz Kasteiner, en presencia de los mil recluidos del Campo de Concentración de Gross Rosen, formados para presenciar el acto. El austriaco Kasteiner, anciano combatiente de las Brigadas Internacionales, era uno de los cuarenta mil que perecieron durante los cuatro años de existencia de este Campo de exterminio. En Septiembre pasado visité ese espeluznante lugar, en el curso de mis encuestas por las circunstancias de la muerte de mi hermano, igualmente ex combatiente de la guerra de España, ocurrida el 11 de Marzo 1942 en el mismo Campo de Gross Rosen. Allí tropecé con unos documentos que permiten vislumbrar algunos - aunque muy pocos - pormenores de lo que ha sucedido en este y en otros campos nazis.

Muy poco se ha oído del Campo de Concentración *GROSS ROSEN*, a pesar de que era sin duda uno de los más brutales campos nazistas. Ese anonimato se debe sin duda a que

eran muy escasos los que han salido vivos de ese triste lugar. Los pocos que lo han sobrevivido, tenían la salud física - como la moral - tan quebrantadas, que ya no servían de testigos.

Gross Rosen, hoy Rogoznica, es una pequeña aldea de unos tres mil habitantes, en la Baja Silesia, en el sur de Polonia, cuyos moradores se dedican a los labores de la piedra berroqueña, roca que abunda en aquella región. El paisaje es ameno, con vastas praderas, bosques, colinas, las poblaciones esparcidas, y los habitantes - hoy exclusivamente polacos - gentiles y acogedores. Es un lugar placentero y agradable, una zona de recreo para quien busca el descanso. A unos tres kilómetros del pueblo de Gross Rosen (en aquel entonces una aldea alemana), la SS adquirió de un terrateniente local de la renombrada familia noble alemana de los Richthofen, allá en los años 1940/1941, una cantera por el precio de medio millón de marcos, para extraer la piedra berroqueña que tenía en la Alemania nazi un mercado importante, debido a la gran cantidad de construcciones representativas destinadas a eternizar la gloria del Tercer Reich.

Al planificar la explotación de la cantera, Heinrich Himmler - gran jefe de la SS y omnipotente amo de la policía del Reich - ya tenía el concepto listo de utilizar como mano de obra a los prisioneros de los varios campos que ya existían en el Reich con una población siempre creciente de recluidos, constituyendo una mano de obra que casi no costaba nada y explotable sin cuidado a ningún derecho social, ya que se hallaba en condiciones de mera esclavitud a la merced de la SS.

Qué era esa SS, de tan triste memoria? En los años de lucha por el poder, 1930-1933, había sido la SA, los pistoleros del partido, quienes solían enfrentarse en la calle con sus enemigos

políticos. Una vez en el poder, perdieron la categoría de brazo armado del partido. Su máximo dirigente, Röhm, y muchos de sus íntimos seguaces, murieron el 30 de junio 1934, por la mano de Hitler en persona a la cabeza de una comitiva de guardias de cuerpo. El papel de ejecutivo implacable del partido en el poder pasó entonces a la SS (Schutzstaffel), la formación más adicta al partido, encabezada por gente sin escrúpulos. A su cabeza estaba el temido Heinrich Himmler, íntimo compañero de lucha de Hitler y fanático antijudío, quien no tardó mucho en apoderarse del aparato de policía, acaparando, a los pocos meses, el control total de la policía del Reich.

A partir de 1940, las SS se encautaron de la administración de los campos de concentración, ya instalados desde la toma del poder, cuyo número iba alcanzando, hasta el fin de la guerra, los 23, más 1014 campos secundarios dependientes de uno de esos 23 principales. En ellos llegaba a encontrarse, hasta 1945, un ejército de más de un millón de reclusos (hombres y mujeres), y no menos que 41.200 hombres encargados de la vigilancia.

Era lógico que una masa de trabajadores esclavos tan grande no podía dejarse ociosa cuando el Reich, empeñado en plena guerra, tenía a sus hombres capaces en los frentes de guerra. Los mandos de la SS aprovecharon de esa situación para explotar a los prisioneros hasta su agotamiento.

Gross Rosen inició su existencia como Campo en mayo, 1940, cuando todavía el sistema de los campos fue administrado por un inspectorado particular, que al poco tiempo, sin embargo, se integró al cuerpo de la SS. Desde su inicio, Gross Rosen se caracterizaba por su régimen implacable, bajo el lema de *EXTERMÍNIO POR EL TRABAJO*. La cantera se extendía sobre un área de 180 metros de largo por 110 metros de ancho y 38 metros de profundidad, y sus reservas se estimaron en cien años.

Al principio, Gross Rosen era una dependencia del Campo de Sachsenhausen, del cual se trajeron los primeros cien prisioneros el día 2 de agosto, 1940. Hasta abril 1940 el personal fue aumentando a 900, pero el maltrato, la insuficiente alimentación y el ritmo de trabajo forzado provocaban diariamente bajas que tenían que ser sustituidas por personal que solía traerse de otros campos.

El 28 de octubre 1940, Himmler visitó el campo, y parece haberse convencido de que el lugar era idóneo para formar un campo autónomo, lo que se realizó con fecha 1° de mayo 1941. El efectivo inicial se componía de reclusos polacos, alemanes 'asociales', y criminales. De esos 722 'aborígenes' se reclutaban luego los *KAPOs*, los temidos capataces que solían competir con los SS en crueldad contra los demás prisioneros.

1.1. Gross Rosen – Campo Autónomo

Desde 1942 iban llegando nuevos contingentes de prisioneros de todas partes: de otros campos, de cárceles en el Reich y en las zonas ocupadas, e igualmente hombres y mujeres aprehendidos en la calle en cualquier zona ocupada por las tropas. Estos se vieron sometidos al habitual régimen de trabajo forzado, de maltrato y raciones mínimas.

De los documentos hallados se pueden testificar centenares de tales transportes hacia Gross Rosen. El total de reclusos que pasaron por Gross Rosen se calcula que sobrepasaba los 120.000 - la numeración corriente seguía hasta 97414 - los números eran tatuados en el brazo del recién llegado - hasta 1945, cuando la confusión ya era demasiado grande.

En la segunda mitad de 1943, se empezó a ampliar el campo que llegaba a extenderse sobre un área de 115.000 metros cuadrados. El primer comandante del Campo autónomo era Arthur Rödl, seguido por Wilhelm Gideon y Johannes Hasse-bruck. Entre los dirigentes inferiores uno era el mal renombrado doctor Mengele, quien se ganó, más tarde, el apodo de '*Ángel de la Muerte de Auschwitz*'. El personal de vigilancia fue aumentando a medida: de 118 en 1041, hasta los 4128 en 1945.

El efectivo se componía de reclusos de muchas nacionalidades: belgas, búlgaros, chinos, alemanes, franceses, griegos, italianos, croatas, luxemburgueses, holandeses, noruegos, polacos, rumenos, suizos, serbios, eslovacos, españoles, checos, húngaros, soviéticos. Los judíos eran registrados como nacionalidad aparte - tratados con particular dureza, y como subdivisión contaban los *judíos políticos*, sometidos a tratos especiales. Entre estos últimos contaron los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales, entre los cuales el hermano del autor de este relato, más el ya mencionado Franz

Kasteiner, y dos más, documentados en las listas de defunciones.

Con igual desconsideración fueron perseguidos los rusos; Hay evidencia de al menos una docena de ejecuciones en masa de prisioneros de guerra rusos. Los pocos que escaparon de esas matanzas tenían - igual que los judíos - poquísima esperanza de sobrevivir, ya que fueron sometidos, sin excepción, a maltratos, a los trabajos más mortíferos y sujetos a ser matados por un SS cualquiera en cualquier oportunidad.

1.2. La operación especial "14 f 13"

Desde los años 1939/1940, el estado nacionalsocialista alemán puso en práctica el programa de eutanasia conforme a la ideología de *PUREZA DE RAZA* proclamado por el partido en el poder, y designó varias clínicas y hospitales para ejecutar lo que ellos llamaron *MUERTE DE GRACIA* a personas dementes y débiles. La selección fue confiada a un equipo de médicos de confianza y efectuada en cámaras de gas equipadas para tal fin. En aquel entonces no había todavía ningún criterio ni racial ni político en esta operación.

Debido a las protestas de varias instituciones eclesiásticas y jurídicas, estas prácticas cesaron en el verano 1941, pero los mandos de la SS se apoderaron de las experiencias y de la organización de los equipos de eutanasia existentes, para aplicarlos a ocupantes de los Campos bajo su control. Esta vez, sin embargo, se consideraba *indigno de vivir* a cualquier enfermo, físicamente exhausto, quien ya no servía para trabajar y, en primer lugar, aunque no exclusivamente, a personas de *razas inferiores*.

En el mismo verano 1941, un tal Viktor Brack, jefe del departamento 2 del despacho del Führer, recibió orden del Reichsleiter Bouhler, su superior, que, por decisión de Heinrich Himmler se habían de escrutar por su estado físico y mental a todos los gravemente enfermos en los Campos de Concentración. Para tal tarea se nombraron a los médicos especialistas de los recientemente disueltos programas de eutanasia. Figuraban entre éstos algunos nombres que luego aparecieron en el proceso de Nuremberg, en 1946: los doctores Heyde, Gorgasz, Mennecke, Schmalenbach, Schuhmann y otros.

En una circular con fecha 12 de noviembre 1941, se confirmaron los modales de la selección de presos afectados, y, por primera vez, apareció la terrible sigla: *14 f 13* como designación de este programa de exterminio. En el campo de Buchenwald, se presenció la comisión de escrutinio el 25 de noviembre 1941, encabezada por el doctor Mennecke. De una carta que éste señor dirigió a su esposa, se sabe que, al cabo de esta visita médica se seleccionaron a 1200 presos judíos solo a base de su ficha, sin que hubiesen sido examinados. Con otra circular con fecha 10 de diciembre 1941, firmada por el *SS Obersturm-bannführer* Liebehenschel, se anunió la extensión de la operación *14 f 13* a otros campos: Flossenbürg, Mauthausen, Gross Rosen, Neuengamme y Niederagen, ordenándose las correspondientes selecciones. Se transmitieron los cuestionarios, y se insistió en que era indispensable llenar la rúbrica *delito*, obviamente para reconocer a los presos políticos entre los así escrutimados.

En el campo de Gross Rosen, esta circular fue registrada bajo el número 163/41 el 12 de diciembre 1941 y desenlazó la actividad correspondiente de inmediato, en vista a obtener a 250 hombres destinados a morir. Entre el 12 al 15 de diciembre se seleccionaron, conforme al parte del jefe del campo, *SS-Untersturmführer* Anton Thumann, a 293 hombres, entre los cuales 119 judíos y 61 polacos. La cantidad de 293 sobrepasaba de 43 al contingente solicitado, lo que Thuman explicó como *en previsión a las muertes esperadas*.

De estos 293 fueron realmente transferidos exactamente 127 al *SANATORIO* Bernburg, en dos transportes, los días 17 y 18 de marzo 1942. Los familiares recibieron esquelas que daban como causa insuficiencia cardíaca o pulmonía agregando: *murió a pesar de los esfuerzos médicos*.

De los 182 originalmente seleccionados que no aparecen en la lista de los muertos en Bernburg, 36 ya habían fallecido cuando sucedieron estos transportes (entre los cuales el hermano del autor).

Con la matanza de esos 127 hombres en Bernburg, terminó para Gross Rosen lo que sus inventores habían apodado *OPERACIÓN 14 f 13* No era, desde luego, por motivos humanitarios, ni se suavizaba el régimen en el campo, que diariamente provocaba muertes por extenuación y maltratos, sino porque, a principio de 1942, la

jerarquía nazi había decidido una Campaña Global de exterminio de gentes de *razas inferiores*, judíos y gitanos, en primer lugar, conferencia que entró en la historiografía como *CONFERENCIA DE WANNSEE*. La ejecución de las resoluciones de Wannsee fue confiada a Reinhard Heydrich, quien fué asistido por Adolf Eichmann. Después de Wannsee, ya no se trataba de mandar a morir a unos pocos centenares, sino eran decenas de millares que fueron llevados en trenes de bestias a través de todo el continente, para morir en las cámaras de gas de Auschwitz y Treblinka.

Para no dejar dudas: El régimen en Gross Rosen (y en los demás Campos) no dejaba de seguir mortífero. Hasta la liberación el 13 de mayo 1945, murieron sólo en Gross Rosen unos 40.000 prisioneros. Se desconoce la cifra exacta, ya que las SS habían quemado la mayor parte de los documentos.

En el curso de la ofensiva de enero de 1945, las tropas del Primer Frente Ucraniano se acercaron a las fronteras de la Silesia, y se iban iniciando las medidas de evacuación de los Campos, cuya ejecución estaba bajo el mando de un tal *Obergruppenführer* Schmauser, quien obtuvo plenos poderes para tal fin. Este señor Schmauser era responsable para las Marchas de la Muerte de Auschwitz-Birkenau a otros Campos, durante las cuales murieron millares de hombres del frío o por las balas de los guardias SS. Unas cuantas de estas columnas de proveniencia de Auschwitz llegaron hasta Gross Rosen, donde la enfermería llegaba a registrar, el 31 de enero, a 3174 prisioneros caquécicos, sin que hubiesen recibido ni alimentos ni atención médica. Alrededor del 20 de Enero se estaban acercando las tropas soviéticas a la línea del río Oder, y Schmauser ordenó la evacuación de Gross Rosen, que fue efectuada en tres etapas, y a cuyo resultado legaron unos 44.000 hombres y mujeres en varios otros campos.

1.3. El final del campo Gross Rosen

Se sabe que fueron unos 80.000 al salir de Gross Rosen en esta marcha hacia otros campos, de manera que quedan unos 36.000 que tienen que haber perecido durante el transporte.

Unos 6000 permanecieron en Gross Rosen y en los varios sub-campos del campo principal, que fueron liberados por la 70ª Brigada Acorazada Soviética bajo el mando del coronel Iwanow, el día 13 de mayo 1945. La mayoría de los

sobrevivientes estaba agonizante y al cabo de sus fuerzas. Había quienes devoraron la comida que se les ofrecía y murieron asfixiados. Eran muy pocos los que tenían fuerza suficiente para poder volver a una vida normal.

Unos cuantos de los responsables para los horrores de los Campos nazis tuvieron que responder para sus crímenes ante los Tribunales de los Crímenes de Guerra. Heydrich, el supremo jefe de la Seguridad del Reich, y *Protector de Bohemia y Moravia*, renombrado por su dureza (pero padre de familia ejemplar) fue matado el 27 de mayo 1942 en un atentado en Praga, en cuya secuencia los nazis desencadenaron una campaña de venganza a través el país que culminó en la destrucción de Lidice y la muerte de todos sus habitantes). Su asistente, Eichmann fue aprehendido por agentes israelíes en Argentina, condenado a muerte, y ejecutado en Israel.

Otros criminales nazis fueron ejecutados tras las condenas en el proceso de Nuremberg, y en los procesos delante de tribunales alemanes en los años 1946 y 1947. Pero eran muchos millares los que habían participado en actos criminales en los campos que nunca fueron molestados; la mayoría de éstos volvía a integrarse, al poco rato, en la vida civil de la post-guerra.

El antiguo campo es hoy un monumento nacional bajo administración polaca; de las barracas solo quedan los fundamentos, un memorial recuerda las víctimas. Se ha conservado la puerta principal con el provocador lema: *ARBEIT MACHT FREI* y las torres dedonde apuntaban las ametralladoras. Las barracas de la guardia SS contienen hoy el museo del campo. La cantera está tal como se ha encontrado cuando el campo fue liberado, y allí se ven los bloques que los prisioneros tuvieron que mover. En la entrada del Campo esperan unos jóvenes voluntarios que hacen de guías para los escasos visitantes que vienen.

2. LAS DISTINGUIDAS SEÑORAS DE BADEN Y LOS RUDOS EXILIADOS ESPAÑOLES. LA EPOPEYA DE UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Detrás de las alambradas había quien se volvía loco al ver entrar en el campo a las mujeres, aquel 24 de Octubre 1940. En Gurs, las únicas personas femeninas habían sido la hija del comandante, soberbia e inasequible, y la fea y seca señora de correos.

Ya desde lejos, mientras que los camiones cargados con su carga humana se estaban acercando por la carretera provincial, doblando para entrar en el campo, los españoles pudieron distinguir a algunas mujeres jóvenes y atractivas. Al pasar los camiones por la calle principal del campo de Gurs, a pocos metros de distancia, aparecían entre la multitud algunas caras fresquitas, rosadas, con pelo rubio, aunque la mayoría de las recién llegadas eran ancianas, algunas incluso decrepitas; al bajar de los camiones, aparecieron algunos niños de la mano de sus madres o abuelas.

¡Qué extraña caravana! Los españoles internados en Gurs desde hacía más de un año y medio, tenían la vista clavada en el triste espectáculo, sin comprender nada.

Ellos, desde luego, no podían saber que Josef Buerke1, *Gauleiter* y *Reichstatthalter* (jefe de distrito y gobernador) - uno de los más fieles seguidores de Adolf Hitler - había decidido "*limpiar Baden de Judíos*"

En aquel tiempo, Europa ya no se acordaba de los pogromes de los siglos pasados ni se solía todavía hablar de *depuraciones étnicas*.

En la noche del 22 de Octubre 1940, la Gestapo secuestró a 6.300 judíos en Baden, y a 1.150 en el Sarre. Se los sacaba de sus casas, de asilos, de hospitales; quien no podía caminar fue llevado en camillas; eran víctimas los hombres que habían servido en el ejército alemán en la Primera Guerra mundial, inválidos, enfermos, ancianos, médicos, comerciantes, arquitectos, abogados, empleados, humildes y destacados, sedentarios desde tiempos antiguos y recién inmigrados.

La mayoría de los hombres válidos fueron llevados a los campos en Polonia, donde se proyectaba aprovechar de su fuerza de trabajo; las mujeres, los niños y los ancianos fueron embarcados en vagones de ganado, entregados a las sorprendidas autoridades francesas, y de éstas, más allá, en destino a los campos en el Sur de Francia. Allí acabamos de verlos llegar en Octubre 1940.

La medida estaba programada como inicio de una campaña más amplia, que abarcará a toda Alemania. En un documento fechado el 30 de Octubre 1940, se menciona el proyecto de expulsar a 270.000 personas de todo el territorio

del Reich, y del protectorado de Bohemia-Moravia, la anciana Checoslovaquia.

Las autoridades de Vichy, al darse cuenta de la intencionalidad alemana, presentaron su enérgica protesta en Berlín y consiguieron que las deportaciones fuesen suspendidas. Pero para entonces ya tenían encima el primer contingente de los de Baden y del Sarre.

En octubre de 1940 fueron promulgadas en Francia las leyes antisemitas, y millares de judíos a lo largo y ancho de la zona no ocupada fueron detenidos e internados. Unos dos mil hombres y mujeres fueron enviados a Gurs, donde se hallaron en compañía de los judíos de Baden.

El campo de Gurs fue erigido en 1939 para acoger a la primera oleada de refugiados españoles republicanos. Era un vasto complejo de 382 barracas, de 24 m x 2,5 m, todas de idéntica construcción, para "hospedar" cincuenta personas cada una, pero cabían en ellas hasta 60, si fuera preciso. Cada 22 a 30 de estas barracas formaban lo que se llamaba un *Ilôt* - islote, separado de los demás ilots por una zanja y una cuádruple alambrada de púas. Entre unos y otros estaba prohibido circular.

El mando francés, para impedir el contacto entre hombres y mujeres, instaló a las mujeres en los islotes más apartados, ordenando que las alambradas fuesen reforzadas. ¡Como si estos hombres que habían pasado por la guerra y por tantas calamidades se fuesen a arredrar con tales pequeñeces!

En esta primera noche no existían ni zanjas ni alambradas que obstaculizasen a los españoles de Gurs. En todo el campo se olía *el perfume de las mujeres*.

Estos hombres, desde luego, no semejaban, en nada, a los novios y maridos que dejaban en la lejana Alemania, no eran ni corteses, ni cariñosos, ni galantes, ni siquiera era preciso conocer el idioma de la pareja, realmente, en esa primera noche carnal.

La sorpresa de la inesperada acogida pasó, y a lo largo de los días siguientes iba penetrando fatalmente el triste ambiente gris del campo en las barracas de las mujeres acostumbradas a vivir en sus limpias casitas en un tranquilo rincón de Baden. De repente se encontraban viviendo apiñadas en un espacio de un metro de

ancho, con una vecina a la derecha, otra a la izquierda, codo con codo, un lavadero y una letrina comunes al aire libre, y sin perspectiva alguna de salvación. Las más ancianas no tardaron en ir cayendo; el nivel de mortandad era altísimo. Faltaba higiene, se extendían enfermedades, había hambre.

Los españoles que en aquella primera noche habían saltado las alambradas, ya no tenían interés en las mujeres; la conquista había sido demasiado fácil.

Había, sin embargo, excepciones. Yo, personalmente, conocí a una pareja compuesta por un español y una chica badense, que eran, de verdad, lo más desigual que se puede imaginar. Entre ellos, sin embargo, había nacido el más puro amor. Él era un jornalero andaluz, inteligente, robusto, vivaz, criado en el campo y analfabeto; ella una rubicunda, bien proporcionada, de buenos modales, educada para casarse con un buen señorito de su tierra, cuando hubiese llegado el momento.

Ni ella sabía el español, ni él palabra de alemán. Ignoro cómo se entendieron, pero sé que esto no era un gran obstáculo.

Los conocí un día cuando él me pidió que le asistiese en una disputa que tenían por celos. Obviamente, este era uno de los momentos cuando no alcanzaba el idioma común que se habían inventado entre ellos. La riña se resolvió, y los dos seguían como antes.

Ella se llamaba Ilse, el nombre de él no lo recuerdo. En la barraca vivía la muchacha con su madre. Ilse hubiera podido evitar la deportación y quedarse en su casa, gracias aquellas absurdas "*Leyes de Nuremberg*" que convirtieron al pueblo alemán en ganado de cría, pero prefirió infiltrarse entre las filas de las destinadas a la deportación, para no abandonar a su madre.

En la barraca donde vivían para aliviar su vida, el andaluz les acomodó con unos cuantos objetos robados en cualquier esquina del campo. Al fallecer una vecina, se apoderaron del espacio de la difunta, y colgaron unas mantas a su alrededor, creando así un minúsculo refugio de intimidad. Con unas planchas que trajo, no se sabía de donde, construyó el muchacho dos camas, un arcón y unos estantes, para colgar los pocos trastos que poseían un día incluso fue capaz de instalar una ducha con unas latas que

había conseguido en la cocina. Ilse y su madre cosían, limpiaban y llevaban la casa.

Lógico que esta pequeña isla de felicidad excitara la envidia de las demás mujeres. Hubo delataciones, malicias, riñas, pero el español supo calmarlas a todas con unos regalitos.

Los españoles salieron uno tras otro a trabajar en las *Compagnies de Travailleurs Etrangers*, para los trabajos de fortificación en la costa atlántica; debido a la creciente escasez de mano de obra en Alemania, se llevaron varios grupos de españoles a trabajar en Alemania. Muchos de estos hombres de orientación antifascista fueron detenidos por la Gestapo y acabaron en los campos de concentración alemanes. Seis mil de estos republicanos españoles perecieron en el tristemente célebre Lager Mauthausen (hoy en Austria).

El idilio de Ilse y su compañero terminó cuando él fue secuestrado para ir a trabajar en Alemania. Al haber quedado solas las dos mujeres fueron privadas de todos sus privilegios. Yo mismo las ví tiradas en sus camas, apáticas, como las demás, en sus estrechos habitáculos. Al caer las lluvias otoñales, el suelo se convirtió en un barrizal. Se vio a las viejas arrastrándose penosamente sus pies por el pegajoso barro, cada paso una pena. Pero lo peor, sin embargo, era la omnipresente hambre. Cuando llegaba la ración de pan, la repartición se volvía un drama, cada una vigilando el procedimiento como si fuera un acto religioso.

Durante ese invierno de 1941/1942 murieron centenares de mujeres de puro agotamiento; los cadáveres fueron arrojados en fosas rápidamente excavadas; según los archivos eran mil ciento ochenta y siete los muertos de Gurs entre 1940 y 1945. La muerte de la mayoría no se debía a una enfermedad diagnosticable, sino era más bien una paulatina extinción, como dice una de las internadas, Hanna Schramm, en su libro "*Menschen in Gurs*". El deficiente servicio sanitario no alcanzaba para medicar las más sencillas enfermedades; contra los males del agotamiento y de la desesperación no había medicina.

Los enterradores españoles trabajaban en dos turnos, excavando en el terreno fangoso, las piernas hasta las rodillas en el agua. A veces hubo que detener los entierros por falta de cajas que los carpinteros no podían suministrar al ritmo de la muerte.

Entre los españoles que había en el campo y los demás internados se había formado una suerte de solidaridad humana. Ambos tenían una cuenta que arreglar, los unos por la ayuda que los nazis habían prestado a Franco, los otros por ser inocentes víctimas de los nazis, sus enemigos en la Guerra Civil. Los españoles, políticamente muy conscientes con su pasado de luchadores antifascistas, no estaban de acuerdo con personas, más bien apolíticas, cuya mala suerte era únicamente su raza.

En el curso del año 1942, hubo varias visitas de la Gestapo en el campo. Al principio, sólo les interesaban ciertas personas sospechosas, pero con el paso del tiempo, fueron más ambiciosos. Tras la "Conferencia de Wannsee", a principio de 1942, se iniciaron las deportaciones masivas hacia Auschwitz y los demás campos en el Este de Europa.

Entonces, el mando de Gurs entregó más y más personas a los servicios de transporte alemanes de Adolf Eichmann. El primer transporte, comprendiendo a 525 mujeres y 475 hombres, salió en agosto de 1942, el último en marzo 1944, con unas 70 a 80 personas cuyas huellas se pierden, igual que las de los demás transportes anteriores, en alguna parte en el Este de Europa. El total de personas víctimas de esas deportaciones entre 1942 y 1944 era de 3.907; de estos, muy pocos sobrevivirán.

Hasta que les tocó la triste suerte de los campos de exterminio en Alemania y Polonia, los prisioneros tuvieron que soportar dos interminables inviernos en el lodo de Gurs.

En el cementerio que se instaló después de la guerra, fueron colocadas, lado a lado, 1.187 lápidas. En estas están grabados nombres españoles, alemanes, polacos, citándose las nacionalidades y edades. Hay bebés de pocos días, y hay ancianos de noventa años. Uno de los bebés tiene el apellido alemán y el nombre español, en otra de las lápidas se lee su nacionalidad: cubano. ¡Cuántas tragedias, cuántas odiseas se esconden detrás de estas inscripciones!

En el verano de 1944, al desembarcar las tropas aliadas, los responsables franceses parecieron haberse dado cuenta del riesgo que corrían al seguir colaborando con los alemanes, y trasladaron poco a poco a los restantes internados a otros lugares en Francia. Los

últimos españoles permanentes en Gurs entonces se pusieron en contacto con el maquis local, y entregaron el campo al control de las autoridades civiles. Desde agosto de 1944, y hasta fines de 1945, el campo de Gurs sirvió para confinar a unos doscientos prisioneros de guerra alemanes y dos mil colaboradores franceses. El campo fue disuelto el 31 de diciembre de 1945.

No cabe duda que, en nuestros días, son muchos millones los fugitivos que vagan por campos, prisiones, y destierros. Sólo en Europa, las víctimas de "depuraciones étnicas" cuentan por millones. Los campos del Sur de Francia no serían, qué duda cabe, nada de lo que la *Grande Nation* pueda enorgullecerse.